

Reproducción

Número 113. — Tomo VII.

10 de Setiembre de 1924.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ◊ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 113 * 10 de Setiembre de 1924 * Tomo VII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Dice H. G. Wells:

La educación americana es deficiente.

Las Universidades son cosas paradójicas.

La juventud se impone a las viejas creencias.

Por H. G. Wells

Cablegrama especial
para *Excelsior*.

LONDRES, junio 14.—El medio seguro que existe para enloquecer a los americanos consiste en hacer comparaciones entre la educación que se imparte en los Estados Unidos y la que se da en la Europa occidental. Aunque esa comparación resulte halagadora, siempre los deja muy irritados. Aparentemente la creencia de la superioridad de educación del ciudadano americano ha llegado a convertirse en una creen-

cia tan sagrada como la fe en la propia constitución. La duda está prohibida. Los visitantes a los Estados Unidos talvez se vean bien pronto obligados a firmar una declaración categórica en tal sentido.

Hasta el presente, con una extraordinaria discreción, había evitado tocar, o por lo menos, había eludido hasta donde era posible este punto tan delicado, y me propongo seguirlo haciendo así en lo futuro. Pero ha habido una excepción. Toqué un lugar muy sensible hace poco en un libro llamado *El Sueño*, y mi correo de América estuvo llegando durante varias semanas marcadamente hostil. Daba cuenta de la enseñanza que se imparte en las escuelas elementales de Inglaterra, y que más o menos es la misma que se da en la mayor parte de los países civilizados, como pienso que será juzgada por un observador dentro de varios siglos. Añadí casualmente que en general las escuelas rurales americanas eran peores que la inglesa que acababa de describir. Hasta donde he podido cerciorarme, así es en efecto. En muchas partes de los Estados Unidos

la educación elemental es muy inferior a la que se da en la Europa occidental, y por consiguiente el porcentaje de analfabetismo es extraordinario.

LA EDUCACION AMERICANA ESTA RETARDADA

Si no lo dijera así, dejaría de cumplir con mi deber como escritor para el público de habla inglesa. Y al expresarme de esa manera no estaba pensando especialmente en los distritos recientemente habitados por los inmigrantes, sino en antiguas regiones americanas como Kentucky. La Unión Americana se encuentra anormalmente retardada en su educación elemental, y necesita de palabras claras y estimulantes sobre el particular. Pero los americanos se encuentran en un estado de irritable complacencia por lo que toca a sus escuelas. Casi en forma violenta se niegan a que se les diga que su educación general no ha alcanzado el mismo nivel que su enorme aumento en riquezas y en adelantos materiales. Moral, si no legalmente, me considero tan ciudadano de los Estados Unidos de América como del

Imperio Británico. Mentalmente los mundos formados por los americanos y por los ingleses son dos hemisferios de un cerebro, y me es imposible concebir que funcionen independientemente. Creo que me incumbe tanto discutir este retardo americano, como reprobado las terribles negligencias de los ingleses por lo que toca a la educación en la India.

Sin embargo, esto es un paréntesis. Tan sólo trato de poner de relieve el hecho de que en este artículo no voy a hacer comparaciones. Únicamente tomo por tema el caso americano. Ha ocurrido una pequeña fricción entre los estudiantes y la Facultad de la Universidad de Harvard, que me parece en extremo sugestiva. Los estudiantes más aventajados de Harvard, representados en la mesa directiva de la Unión de Harvard por Mr. Corliss Lamont, quieren que se les explique el radicalismo y el comunismo, por personas autorizadas para tratar esos asuntos, tales como Mr. Debs y Mr. W. Z. Foster. Las autoridades universitarias están suprimiendo esas aspiraciones juveniles. Quieren que los jóvenes que dentro

de poco habrán de dirigir los negocios americanos, alimenten su conocimiento sobre el radicalismo y sobre las ideas revolucionarias, con las enseñanzas de personas ortodoxas y respetables, después de que éstas las hayan digerido para la juventud, restándoles todos sus elementos perturbadores. Los jóvenes por su parte quieren conocer la realidad para digerirla personalmente. Me declaro de todo corazón en favor de esos jóvenes.

LIBERTAD MENTAL UNIVERSITARIA

Recientemente ha ocurrido una controversia entre Mr. Bertrand Russell y el Presidente Lowell, de Harvard, sobre la relativa libertad mental de las universidades americanas y británicas, y el hecho de que Mr. Bertrand Russell fuera expulsado por pacifista de Cambridge durante la guerra, hizo que se iniciara desventajosamente para él esa polémica. Me parece que tales disputas están llamadas a carecer de toda efectividad. Existen casos de restricciones y de supresiones mentales en ambos lados del Atlántico, y no hay balanzas

para pesar un caso y compararlo con otro. El verdadero conflicto aquí no consiste entre las condiciones americanas y europeas, sino entre dos tipos de hombres. Es un conflicto que existe en todo el mundo. En todas partes hallamos tipos mentales con aspiraciones de dirección y de limitación, con el deseo de entrar a los cuerpos directivos, y con la consiguiente tendencia de formar esos cuerpos directivos. Pero también en todas partes existen inteligencias llenas de espíritu crítico, de escepticismo, de tendencias creadoras y de ínter tranquilidad, que producen innovaciones, ideas estimulantes, con una tendencia igual para mantenerse apartadas de las organizaciones y de los cuerpos directores. Estas son las semillas, el fermento y el factor viviente en la mentalidad humana.

En el doctor Nicholas Murray Butler, los Estados Unidos han producido un perfecto ejemplar de la clase primeramente mencionada, mientras que William James produjo en su obra excelentes ejemplares de la segunda categoría, como James Harvey Robinson. En los círculos intelectuales in-

gleses viene sosteniéndose con orgullo la tesis de que Inglaterra no podía haber producido a un hombre como el doctor Nicholas Murray Butler, pero hasta donde puedo juzgar, hay tantos hombres de ese tipo en la Gran Bretaña como en la Unión Americana, con las mismas pretensiones enormes y huecas, aunque talvez esa tendencia se encuentre más difusa aquí.

LA MUERTE, FAC- TOR DE LA VIDA

Porque el mal peculiar del tipo del hombre que quiere formar parte de los cuerpos directores consiste en su falta de comprensión. No tiene el sentimiento de lo desconocido ni el sentimiento del carácter provisional de todas las cosas mundanas. Quiere fijar el conocimiento a su propia imagen, hacerlo algo subsidiario, distribuirlo y dividirlo en departamentos. Trata de fijar ese conocimiento en los clásicos, de perpetuar las instituciones existentes y de inaugurar el culto por los antepasados. ⁽¹⁾

(1) ¿Será preciso decir al lector que solamente en parte estoy de acuerdo con el famoso novelista británico? — E. J. R.

El doctor Nicholas Murray Butler habrá de ser el Confucio americano, para estereotipar este mundo perfecto de 1924. Las generaciones futuras deberán aprender que al llegar a este punto, el mundo se congeló. Lo que más teme el hombre dominador de este tipo, es cualquiera sugestión revolucionaria, así como la posibilidad de que la juventud llegue a concebir nuevas ideas. Su ideal educativo consiste en una juventud obediente, que no mire ni a derecha ni a izquierda, sino que siga rectamente el camino trazado. Pero el factor sostenedor de la vida es la muerte. Por ventura, los fundadores mueren, sus códigos, sus constituciones y sus declaraciones clásicas, también mueren y pasan. Aun los discursos más inspirados y las declaraciones más meditadas del doctor Nicholas Murray Butler, tan bien impresas y tan profusamente distribuidas, algún día habrán de pasar desde que nadie les conceda atención. Así puede continuar la vida. Sin la muerte, no habría nacimiento. El hecho más fundamental acerca de la

juventud, consiste en su falta de respeto hacia los ancianos y hacia el pasado. Ese es su papel. La generación que quisiera repetir lo hecho por la generación anterior, propiamente no habría nacido. Una cosa que necesita muchísimo la juventud y que debe conseguir como su objetivo supremo, es, y será siempre, el deber instintivo de asumir una actitud crítica y destructora sobre las autoridades y el orden existentes, y sobre las instituciones establecidas. Los jóvenes americanos de Harvard probablemente no se han hecho ilusiones acerca de Mr. Debs o de Mr. Foster. Los llaman, y de ello estoy razonablemente seguro, «el viejo Debs» y «el viejo Foster». Pero quieren escucharles y les escucharán. Las autoridades universitarias harían mejor en ayudarles a que oyeran a esos oradores, sin hacer esfuerzos para estorbar el mensaje que tengan que llevar el viejo Debs o el viejo Foster en contra del antiguo sistema para cuya alteración ha nacido la juventud de Harvard, ya que no encuentro que pueda haber nacido para otra finalidad diferente.

EL ESPIRITU SIEM-
PRE ES EL MISMO

Las escuelas y las universidades son, sin duda alguna, las cosas más paradójicas en este absurdo espectáculo de la vida humana. Existen para preparar a la juventud a fin de que éntre a un mundo de enormes cambios. Sus actividades principales parecen ser en Oxford y en Cambridge, lo mismo que en Harvard y en Yale, las que se traducen en apartar a la juventud de las realidades del mundo, para ocultar las fuerzas del cambio ante sus miradas curiosas e inteligentes. La juventud de las universidades, de una manera muy especial, debería ser el germen viviente de las cosas buenas y nuevas que se preparan para el porvenir. Los esfuerzos de los cuerpos directores en todas partes parecen ir dirigidos principalmente para matar ese germen antes de que se desarrolle. No puedo menos que felicitar a Mr. Corliss Lamont por haber escapado hasta hoy de ese proceso culinario. En todas partes hay actualmente Corliss Lamonts, desde China hasta el Perú. La materia

y las formas cambian, pero el espíritu es el mismo. En Moscou tienen que luchar tanto como en cualquiera otra parte, si quieren no verse convertidos artificialmente en comunistas sin convicciones. Por virtud de la vitalidad rebelde de nuestra juventud, vive este mundo de la humanidad y no muere congelado para convertirse en un monumento elevado a sus fundadores.

La bancarrota de los políticos profesionales

por el Lic. Eduardo Pallares

Los pueblos se acercan rápidamente a la comprensión de una gran verdad, que por serlo, y por su misma sencillez, durante mucho tiempo ha quedado en las brumas de las ilusiones sociales y de los espejismos colectivos. Nos referimos a la idea cada vez más intensa de que los políticos profesionales, lejos de beneficiar a los grupos sociales, no son sino grandes embaucadores, cómicos

excelentes, enemigos del trabajo sistemático y productivo, amantes del poder y de las sinecuras que lo acompañan. Constituyen así el lastre del país. Desorientan a la opinión pública de los problemas nacionales, ignoran éstos y, en todo caso, obran como si los ignoraran. Su eterno estribillo es la «cuestión electoral». De creerlos, la humanidad viviría bajo la preocupación de la pesadilla electoral; su dicha y bienestar dependerían únicamente de las urnas electorales. ¡Qué desconocimiento tan profundo de las cuestiones esencialmente vitales que se plantean en torno de la felicidad humana!

La reacción en contra de los políticos ya se ha hecho sentir con toda intensidad en Europa y en Estados Unidos.

Por todas partes, a medida que la lucha económica es más intensa, el pueblo abre los ojos y mira con desconfianza y con odio mal disimulado a los grandes parásitos del Estado, que monopolizan el poder, no para bien de sus semejantes, sino para realizar grandes fortunas en poco tiempo.

Los países indo-latinos aún viven en

el período místico de las creencias políticas. Rinden al intrigante profesional un culto paria. Le atribuyen virtudes desconocidas y méritos imaginarios. Sin embargo, el noventa por ciento de las desgracias que periódicamente conmueven a esos pueblos, no tienen otra causa que los políticos. La superstición popular respecto a éstos, es verdaderamente curiosa en México. Tiene semejanza con la creencia ingenua que durante tantos años dió vida al culto de los antepasados. Por el hecho de que un hombre moría se le atribuían facultades divinas, dones sobrenaturales y poderes misteriosos. El individuo dejaba de ser hombre y se convertía en una pseudo-divinidad. Así pasa entre nosotros: es suficiente que un individuo, de simple ciudadano se convierta en político militante, y más aún en funcionario, para que se crea con derechos privilegiados, con prerrogativas excepcionales. «Gozo de fuero», «soy funcionario público», frases como éstas sirven de talismanes para que el individuo que las pronuncia se eleve a sus propios ojos y a los ojos de los demás a una altura considerable, y vea con

olímpico desdén al rebaño que se agita a sus pies. En el fondo de todo, ¡cuánta miseria moral, cuánto cinismo y cuánta audacia!

En vano nuestras leyes repiten la leyenda literaria que hace del pueblo el supremo dispensador de las funciones públicas, y el mandante al que deben obedecer todas las autoridades. La ley queda letra muerta, y los detentadores del poder, tan luego como llegan a éste, se ríen de la mentira democrática, y tratan a los demás ciudadanos como unidades económicas que explotar, como fieles vasallos a quienes vejar, como fuerzas sociales de quienes servirse para fines netamente egoístas y de producción.

De todos los males que engendra el parasitismo se encuentra un gran desperdicio de energía humana que sólo se utiliza para alimentar la deficientísima máquina del Estado y las insaciables avidedeces de sus componentes; pero, además, se origina un fenómeno de regresión, se alimenta en el pueblo la idea de que es el servidor, la masa inerte que puede manejarse en cualquier forma y está sujeta a los caprichos de

los grandes embaucadores, que siempre tienen en la boca conceptos ampulosos, frases hechas, ridículos estribillos.

¡Qué tipo más original, y en el fondo más egoísta y enfadoso, el tipo del político de profesión! Es animal de presa, orientado siempre en el sentido de la caza humana. Cazar al hombre, esto es, servirse de él para fines de conveniencia personal; vivir constantemente al brillo de las candilejas sociales, para afuera, procurando desempeñar su papel de salvador del pueblo; explotar la candidez y la credulidad de las masas; utilizar todas las pasiones y todos los fanatismos; no realizar ningún trabajo serio ni menos productivo; monopolizar el poder, y ya en él, sentirse estúpidamente vanidoso, hinchado; ejercer venganzas, dilapidar los caudales públicos; hé aquí la dialéctica que inspira todos los actos del político profesional.

Cuando vemos en las páginas de *El Universal* la importancia tan grande que escritores de fuste dan a las cuestiones netamente políticas, experimentamos una gran desilusión y afirmamos en nosotros la idea de que la opinión

pública está desorientada. Si creyéramos a esos escritores, lo que más importa a México es la «cuestión política»: que ese candidato tenga determinados méritos; que su programa se complete en cierta forma; que los partidos no ofrecen lo que ofrecer debieran, etcétera, etcétera. Todo esto no son sino pamplinas, fórmulas de intrigantes, y cuestiones que flotan en la superficie. Los verdaderos problemas nacionales son otros; *el problema moral ante todo*; después el problema económico.

Otros muchos problemas pudiéramos enumerar, todos de vital importancia, pero por encima de ellos, y para los fines de este artículo, queremos fijarnos en ésta que nos parece una verdad sencilla pero importante, queremos decirle al pueblo: *No te dejes explotar de los políticos, acaba con ellos, cuida del fruto de tu trabajo, piensa que no es justo que lo que tú produces después de tantos esfuerzos y sacrificios, se consuma y dilapide por los eternos insaciables. La penuria de la patria es la abundancia de ellos; tus escaseces son sus despilfarros.*

De *El Universal*

Bolívar y Sucre

(De una página del libro *Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor, Coronel del ejército libertador de Colombia y General de División de los del Perú y Bolivia*).

Desde el día de la llegada del General Bolívar a Huánuco, todos los jefes teníamos que almorzar y comer a su mesa, muy bien servida por cierto.

Allí me complacía en admirar las simpáticas figuras de los dos grandes capitanes americanos: Bolívar y Sucre.

Este era un joven animoso y de gran inteligencia, vivo, enérgico, audaz, muy afable y político con todos, y muy querido por cuantos le conocían. Su modestia era tan grande como su abnegación y su talento. Con razón se le ha llamado el soldado filósofo. Era la encarnación de los más avanzados principios republicanos, y el más completo caballero. Una sola pequeñez pude notar en él: cierto espíritu provincialista. Tenía una predilección exagerada por todo lo que era colombiano.

Bolívar no tenía ni esta debilidad; trataba a todos de la misma manera; no averiguaba la nacionalidad de los jefes de su ejército; no conocía predilecciones. Colombianos, peruanos, argentinos, chilenos, europeos, para él todos los hombres eran iguales. Le bastaba encontrarlos en el ejército libertador para estimar a todos igualmente.

Se servía de los hombres según las aptitudes de cada uno. Nada le importaba en dónde habían nacido, ni en qué parte del mundo se verían sus nombres como pertenecientes a su ejército. Tenía un espíritu grande y nobilísimo, dotado de extraordinaria actividad y fuerza. Era tan noble en su origen como en su alma y en sus facciones.

Su talento era elevado y poderoso, su genio extraordinario, sus conocimientos profundos, notables su saber y su elocuencia, inmenso su patriotismo y heroica su abnegación. Templaba siempre la Justicia con la Clemencia, y era tan grande en el terreno de la diplomacia como en los campos de batalla. El mundo era su patria, y los

hombres de todas las naciones sus ciudadanos; la justicia su ídolo, y la libertad su culto.

Era de talla esbelta y de temperamento nervioso. Su metal de voz, suave y agradable, era áspero en sus momentos de mal humor y parecía adquirir el fragor del trueno cuando proclamaba o daba voces de mando en el campo de batalla.

Va a hacer medio siglo que ví por última vez a este héroe inmortal, a este genio extraordinario, y todavía al recordarlo, en los postreros días de mi existencia, me parece que mi oído escucha su acento y que mi alma se baña en los efluvios de su mirada de fuego, altiva y penetrante.

El último ruidoso discurso de Vasconcelos ⁽¹⁾

El comentario de la Redacción de
Excelsior:

Trátase de un documento importante, así en la parte literaria como en la filosófica y trascendental, que estamos seguros se leerá con agrado o con interés.

El señor Vasconcelos representa, en el Gabinete del General Obregón, a la intelectualidad mexicana y despliega en todos sus actos una actividad y una «originalidad» muy dignas de aplauso, aun cuando, a las veces, aquélla parezca fruto de arrestos impulsivos y ésta no se ajuste a los lineamientos sobrios de la templanza, la sencillez y la cordura.

No todo cuanto dice el señor Vasconcelos en su discurso es verdadero—a nuestro juicio—ni siquiera sensato. Apreciaciones hay con las cuales estamos en pugna; pero así y todo, el orador mostró amplitud de miras, honradez y elocuencia conmovedoras y alto y noble patriotismo.

¿Qué importa que un funcionario público, o un hombre cualquiera, no piense como todos pensamos, ni siempre se identifique con

(1) Este discurso ha sido hecho conocer en Costa Rica por el Profesor García Monge.

nuestras ideas, si tiende a construir, si se levanta sobre las miserias humanas y señala valientemente las cumbres del ideal?

Tal sucede con el señor Vasconcelos. Yerra en los procedimientos; pero acierta en la tendencia y el impulso. Sus equivocaciones, cuando las tiene, son honradas y hasta dignas de respeto; en cambio, sus aciertos, que son muchos y grandes, dejarán fructífera semilla, que al cabo de los años, aumentará el acervo de nuestra civilización y de nuestra cultura.

Algunas palabras del artículo «Los Cien Años de Vaciedades Jacobinas», de Francisco Bulnes, en *El Universal*. (9 de Junio).

Siempre he creído que el doctor Vasconcelos es persona de gran talento, pero que no lo sabe lucir. Lo maneja al revés. Ha hecho del jacobinismo una poesía lírica espeluznante. Su discurso en Texas es película de la requisitoria contra las CLASES ACOMODADAS, que les dirigió Franco en 1833, desde las inmortales columnas del olvidado periódico *El Jején*. Sin la maldad, egoísmo, cobardía, inhumanidad, de las CLASES ACOMODADAS, el INDIO habría fundado otra Atenas, sobrepasado en arte al Renacimiento, conquistado los cinco continentes, impuesto a la Virgen de Guadalupe en todas las basílicas de todas las religiones, inventado la pólvora, la contra-pólvora, el agua, el fuego, el sis-

tema parlamentario, el amor platónico, ganado en los mares la competencia sobre los grandes trasatlánticos con las canoas de Xochimilco, con su Banco Unico habría recogido todo el oro del planeta, y con su desnudez habría cambiado la estética de las grandes naciones, haciéndolas preferir las cabezas dolicocefalas prismáticas y las Venus de café tostado. Convengo en que esos males y otros mayores han causado las CLASES ACOMODADAS a la raza azteca, de sideral potencialidad en el mundo. Con una sola pregunta voy a hacer volar en moléculas el cerebro del doctor en Leyes, don José Vasconcelos. ¿Esas eternamente malditas CLASES ACOMODADAS han ocupado el lugar de la clase patricia de Roma y Venecia, de la clase comerciante de Fenicia, de las clases nobles de Europa, de los saimios del Japón? ¿Han sido gobernantes o clases gobernadas? Porque si han sido súbditos, el responsable de las maldades del súbdito ha sido el soberano gobernante.

*
* *

Jamás han gobernado a México las CLASES ACOMODADAS. Siempre han sido gobernadas y, desde 1867, con arrogancia, con despotismo, con injurias y atropellos, hasta que la política conciliadora del General Díaz alivió su situación. De 1824 a 1867, gobernaron las clases medias conservadora y liberal, famélicas. El Archiduque Maximiliano no entregó el poder a las clases acomodadas;

gobernó en primer lugar el Mariscal Bazaine y en segundo lugar los liberales moderados. De 1867 a 1924, durante cincuenta y siete años, la clase gobernante fué exclusivamente la clase media, hasta 1911, y de esa fecha a 1924, han gobernado los militares salidos de la clase humilde en sociedad con la clase media, siempre famélica. Nuestro país ha sido gobernado cien años por famélicos y las CLASES ACOMODADAS han pertenecido constantemente a las clases gobernadas. Si de ellas una, explotaba atrocemente a la clase campesina, la responsabilidad es de la clase gobernante que hacía y deshacía constituciones políticas, que proclamaba principios redentores, lo que no le impedía oprimir a la clase indígena y tratarla con injustificado desprecio. No se puede hablar mal de las CLASES ACOMODADAS sin poner de asco a LAS CLASES MEDIAS FAMÉLICAS, que han gobernado para explotar al indio y servirse de muchos millares de toneladas de su sangre, para sostener principios abstractos o principios rufianescos de la gran clase opresora del país, compuesta de militares sin fortuna y de abogados sin clientela.

*
* *

En las egoístas y maldecidas clases acomodadas no hay permanencia de familias en número indefinido de generaciones; hay desfile en cada generación, que es lo que más dura una hacienda en poder de una familia.

Destruyen a las clases acomodadas: la división de las fortunas por las herencias, la ruina de los hacendados de temporal cada cincuenta años, la mala administración, el exceso de gastos. Reconstruyen principalmente a las clases acomodadas todos los ladrones públicos, cuya distinguida y numerosa clase comprende a Presidentes de la República, a gobernadores de Estado, magistrados, jueces, abogados de influencia, empleados de Hacienda Federal, de los Estados y municipales, generales y coroneles, contratistas de negocios, negocitos y negociazos con el Gobierno, pagadores muy hábiles que siempre tienen en corriente su contabilidad, aun cuando la caja esté en su bolsillo. Raro es el individuo que pudiendo robar de algún modo no lo hace, y el ideal de todos esos ladrones es hacerse primero de una casa y después de una hacienda o por lo menos de un rancho. La clase hambrienta, dueña del poder público, de las rentas públicas, de los negocios públicos, de todo con lo que se puede hacer dinero, lo hace para pasar de clase desacomodada a clase acomodada. El hambriento de levita mugrosa de hoy, será el hacendado de mañana; el hacendado de hoy será el pordiosero o el empleado público del día siguiente.

En resumen, en México, como en todas las «democracias», las clases desacomodadas gobiernan.... para acomodarse.

In Parvo

El creyente desea morir con un crucifijo en las manos. Yo pediría—si hubiera a quien pedirlo—que la muerte me sorprendiera repentinamente junto a la balanza a cuyo lado he vivido mis mejores años, y dentro del triángulo en que se ha desenvuelto mi energía en las horas de salud. Desearía, pues, que de mí se dijera: hasta el último momento buscó la justicia y quiso *limitarse*.

(De una carta publicada en *La Opinión*).

*
* *

A pesar del inmenso, del paciente, del eterno esfuerzo y de los grandes embates deliberados de la energía, se traslucen las mentiras del destino en los juramentos que hacemos. Bien claro lo percibo. Cada vez que decimos sí, interviene un no infinitamente más fuerte y verdadero, que sube y carga con todo.

¡Ah! hay momentos, de noche sobre todo, en que parece que el tiempo vacila, gastado y dulcificado por nuestros

corazones. Gozamos del espejismo delicioso de una inmortalidad de las horas. Pero eso no es verdad. Existe en todo una nada invencible, y pasamos la vida emponzoñados por ella.

Cuando se piensa en esto, se perdona, se souríe, dejamos de sentir encono contra nadie, pero esta especie de bondad vencida es más pesada que todo.

H. BARBUSSE

*
* *

Si así como ponemos un poco de agua en nuestro vino aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso cuando es muy feliz, debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

*
* *

Hallo dos cosas extrañas en una conferencia de Sanín Cano—cuya versión

taquigráfica ha sido publicada aquí por *Repertorio Americano* muy afortunadamente. Hablando de las guerras intestinas sudamericanas, dice el distinguido conferencista:

1.º Ahora vamos al saldo moral. Por consecuencia de las guerras civiles, continuas en aquellos países, el sentimiento del patriotismo, en vez de exaltarse, sin llegar a desaparecer, vino a morigerarse; cosa muy natural, porque, estando los hombres en lucha continua con sus propios conciudadanos, tienen menos tiempo de odiar a los que están del otro lado de las fronteras. De modo que el patriotismo en aquellos países hubo de debilitarse, y esto, que parece una cosa monstruosa, ha sido todo lo contrario, una gran ventaja; porque mediante ese eclipse parcial del patriotismo ha sido posible echar las bases de la fraternidad continental.

¿Quién ama por falta de tiempo para odiar?

No comprendo cómo lo que debilita el patriotismo pueda aumentar la fraternidad internacional en Sudamérica. A mi juicio, dicho patriotismo y dicha fraternidad beben en las mismas fuentes. De mí sé decir, que aquello que me hace amar a Costa Rica es precisamente lo mismo que me hace amar

más a Colombia que a Finlandia, por ejemplo.

2.º Hay tres principios virtualmente incorporados en nuestro derecho público americano que seguramente no formarían parte de nuestra conciencia cívica si hubiéramos vivido en guerras internacionales. Son estos tres principios los formulados en diversas épocas por estadistas argentinos: 1.º, la victoria no engendra derechos; 2.º, no puede emplearse la fuerza para cobrar deudas internacionales; 3.º, América no es solamente para los americanos: América es para la Humanidad.

La paternidad de estos principios no es fácil de establecer. La expresión «estadistas argentinos» es evidentemente injusta. Aun la expresión «estadistas sudamericanos» sería esta vez inexacta, a pesar de comprender a los chilenos, brasileños, ecuatorianos, venezolanos, etc.

Además, es muy discutible el aserto de que tales principios están incorporados virtualmente en nuestro derecho público. Ese de que «la victoria no engendra derechos» en América, me parece particularmente desmentido por toda nuestra historia.

E. J. R.

